

## DON FEDERICO DE ONIS

La **Revista de Estudios Hispánicos** de la Universidad de Puerto Rico se une a la conmemoración del Centenario de Federico de Onís (1885-1985) con la publicación de un número **Homenaje**.

Agradecemos al doctor José Luis Vega, Director de la **Revista de Estudios Hispánicos**, la gentileza que ha dispensado a la comunidad universitaria, invitándonos a participar en tan significativo acto de recordación de nuestro querido e inolvidable don Federico.

No he podido olvidar la influencia bienhechora que ejerció en mí, ni agradeceré bastante el bien que me hizo, por eso, le he dedicado varios artículos que he publicado en algunas revistas como testimonio de mi cariño y mi gratitud. En 1977 publiqué: **Federico de Onís**, España en América, Mundo Hispánico, (no. 350, mayo), en 1978 escribí **Federico de Onís: Paladín de la Cultura Hispánica en América** (Vol. 30, no. 2, mayo) y en 1982: **Federico de Onís y Puerto Rico** en La Torre de la Universidad de Puerto Rico (octubre-diciembre).

Este Homenaje me permite, una vez más, testimoniar mis querencias y mis vivencias como su discípula en el curso del Quijote, y en el Seminario, donde bajo su dirección inicié y concluí mi tesis: **La mujer en la obra de Leopoldo Alas**, con la que obtuve el grado de Maestro en Artes en 1966. Aquellos años de trabajo me permitieron calar hondo en la sencilla y egregia figura de nuestro inolvidable don Federico. Esos recuerdos que aquí plasmo, constatan lo que significó para nosotros en el aula universitaria. Uniendo recuerdos y consolidando experiencias, la figura del maestro crece y perdura en sus estudiantes y en nuestra Universidad de Puerto Rico, donde todavía viven en nuestro recuerdo Concha Meléndez, Jorge Luis Porras Cruz, Antonio S. Pedreira, Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Zenobia.

Don Federico solía dedicarme una hora, antes de la clase del Quijote, para corregir los capítulos de la tesis, a las cuatro y treinta, comenzaba su clase, en donde el Quijote y Sancho Panza, tras sus lúcidas y entusiastas palabras parecían emerger en el Seminario con una indescriptible fuerza, llenas del simpático y dulce encanto que le impartía don Federico. La Mancha, se apretaba en mis ojos, ante las bellas descripciones que nos hacía, el tiempo deteníase al conjuro de sus palabras evocadoras y soñadoras, donde desgajaba rápidamente hechos históricos y literarios de su amada España, a veces, parecíame que dialogaba con su Quijote-España o su España-Sancho, en íntimo soliloquio. En aquellas digresiones, en mi opinión, se le iba el alma,

regalándonos en esos instantes, la parte más bella y enriquecedora de su cátedra. Sus ojos brillaban con entusiasmo, sus gestos adquirían gracia y salero, su voz se quebraba, a veces, al revivir la gesta cervantina, que también había sido la suya, luchando contra los molinos de viento, reviviendo el ideal del Quijote, aquel que nunca se llamó bueno, porque sencillamente era bueno.

Luego empecé a ir a su casa en Betances 106, los sábados, de tres a seis, casi siempre estaba en el jardín, trabajando. Nos reuníamos en el comedor pequeño, donde casi siempre nos acompañaba la juguetona gatita blanquimarilla, Fidela, a quien don Federico, cariñosamente llamaba, Pobrecita. El único momento en que recesábamos, era a las cinco de la tarde, cuando había que alimentarla, hecho que don Federico realizaba con gran ternura. A veces Pobrecita jugueteaba con mi tarjetero, desorganizándolo, la regañaba, y entonces Pobrecita solía sentarse y mirarme fijamente hasta que yo pacientemente, volvía a poner en orden las fichas. En aquellas inolvidables tardes, hablábamos de tantas cosas, muchas veces doña Harriet abandonaba sus traducciones para compartir recuerdos e impresiones de sus viajes, de sus amigos. Cuando aprobé la tesis, en aquellos momentos de regocijo, en donde los visité agradecida por su valiosa ayuda, su bondad, su tiempo, su generosidad, me dijo que había que callar, pues no le gustaban los halagos. Con él no había medias tintas, había que trabajar, leer con avidez y profundidad, estudiar con ahinco y entusiasmo. Leopoldo Alas, en mi caso, brotó con energía, lo estudié totalmente, su vida, su obra, sus amigos y enemigos. Sus personajes más singulares: Ana de Ozores, Caterina Porena, Emma Valcárcel, Fermín de Pas, todos habían cobrado vida en una Vetusta que ya no era Oviedo, sino España. Clarín se engrandecía a través de don Federico, con él visualizaba nuevas dimensiones de Alas en su magnífica obra. Esa tesis se publicó por la Editorial Universitaria de la Universidad de Puerto Rico en 1971, rebautizada con el título: **Las mujeres de Clarín, Esperpentos y Camafeos** (1971). La dediqué a mi madre y a don Federico. Opino, que en aquellas tesis que él dirigió, en donde no escatimó tiempo, ni rigor, en ellas fue donde más bien nos hizo, derramando como un manantial su excelencia intelectual, su integridad y honestidad científica, su sinceridad, destacando también su entusiasmo por la vida, su amor hacia el trabajo y su inmenso cariño hacia sus estudiantes puertorriqueños.

El 26 de agosto de 1966, me escribió desde Newburgh, New York: "Ser maestro es otro modo de ser padre, y por eso la miro y la seguiré mirando como una hija". En ella indica que saldrá hacia Puerto Rico el 8 de septiembre: "Este verano ha sido muy seco y caluroso, y esperamos tener mejor tiempo en Puerto Rico". Las cosas no fueron buenas para don Federico, se enfermó el 12 de septiembre y el 14 de octubre de 1966 nos abandonaba para siempre. Su última preocupación había sido cuándo podría reanudar sus clases del Quijote y el Seminario. Su pérdida fue dolorosa para los que le quisimos, para doña Harriet, fue una pérdida irreparable. Iba a visitarla, pero ya no era la misma. El 8 de noviembre de 1967 me escribe: "Parece que todos los dolores se me juntaron en este pasado año. Pero hay que acatar la voluntad de Dios. Aunque a veces sus designios se nos escapan". Su madre había fallecido. El 24 de enero de 1968 me escribe, agradeciéndome unas flores: "Yo estoy bastante bien. La

visita a mi hijo y los nietos durante las navidades me sirvió de mucho consuelo". Doña Harriet falleció el 14 de marzo de 1969, don Federico se había marchado otro 14, en octubre. Juntos moran en nuestro viejo cementerio de San Juan, acariciados por los murmullos de nuestro verdeazul mar, acompañados por nuestros héroes y patriotas, escritores y profesores, amigos todos.

Unidos a estas vivencias destaco otros aspectos de don Federico, necesarios para completar su imagen en este Homenaje.

Esta figura egregia, este "hombre a secas", español de corazón e hispanista por devoción, nació en la rosadorada ciudad universitaria de Salamanca, el 20 de diciembre de 1885. Estudió en el Instituto y en la Universidad, hasta que se graduó de Licenciado en Letras en 1905. A los seis años de edad entabló amistad con don Miguel de Unamuno. Su influencia quedó afirmada en su ámbito espiritual, hecho que reiteró varias veces, y que muy bien señaló en su discurso de apertura de curso de la Universidad de Oviedo en 1911: "Si a algún hombre hubiera yo de dar el nombre de maestro, aquel nombre que Cristo mandó a sus discípulos que no llamasen a nadie sobre la tierra, sólo a él tendría el derecho y el deber de dárselo".<sup>1</sup>

En 1905 continuó sus estudios de doctorado en Madrid e inició su amistad con su maestro don Ramón Menéndez Pidal continuándola en el Centro de Estudios Históricos. En 1908 conoció a su maestro y amigo José Ortega y Gasset y ese mismo año obtuvo el grado de Doctor en Letras. En 1909 lo nombraron auxiliar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo y obtuvo la cátedra de Lengua y Literatura. Tenía treinta años, obtuvo el premio en el concurso de la Real Academia Española por su obra: **La lengua de Salamanca en la Edad Media** y recopiló y editó: **Los nombres de Cristo** de Fray Luis de León, para Clásicos Castellanos.

En 1911 ganó por oposición, la cátedra de Lengua y Literatura Española desempeñándose en Oviedo hasta 1915, en ese mismo año se trasladó a la Universidad de Salamanca. Su brillante personalidad se cimentó con los caracteres indivisos de su intelectualidad, tomando parte activa en la lucha que muchos españoles consolidaron por un fin común: despertar la conciencia nacional a través de todas las vertientes de la cultura y los valores humanos.

El 1916, marca nuevos senderos en la vida de don Federico de Onís. El presidente de la Universidad de Columbia de Nueva York, Nicholas Murray Butler, decidió nombrar a un profesor español para organizar los estudios españoles y encomendó la tarea al filántropo Archer Huntington, quien por don Miguel de Unamuno, sugiere el nombre del profesor Onís. Llegó a Nueva York en septiembre de 1916 con la idea de quedarse por un año, pero su trabajo en Columbia se prolongó por treinta y ocho fructíferos años. Nueva York es sede de su excelente trabajo y de la misión hispánica que se ha trazado. Sus esfuerzos propician y consolidan el valor de la cultura y la lengua española, a la misma vez que se constituye en precursor de los estudios hispanoamericanos. La influencia de Onís es notable y sus tareas multifacéticas se irradian como director en Columbia y como profesor visitante y conferen-

---

<sup>1</sup>Federico de Onís, **España en América**, Editorial Universitaria, Madrid, 1955, p. 60.

ciante, en diversas universidades de Estados Unidos, Europa e Hispanoamérica. Su prestigio internacional se testimonia por su excelente crítica-literaria, su excelencia académica en los estudios hispánicos e hispanoamericanos y por el constante estímulo dinámico y desinteresado que ofrece a los estudiantes e investigadores amantes de esos estudios. Su espíritu de fraternidad y solidaridad se concreta, invitando a Columbia a los más relevantes intelectuales de España e Hispanoamérica: Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás, Angel del Río, Jorge Mañach, Arturo Uslar Pietri, Fernando de los Ríos, Federico García Lorca, Jesús Galíndez, Eugenio Florit, Luis Alberto Sánchez, Gabriela Mistral.

El Instituto de Las Españas (Hispanic Institute), en 1920, y la Casa Hispánica en 1930, logro de don Federico, favorece un estilo de vida hispánica inolvidable y significativa.

La Universidad de Columbia establece el Departamento de Estudios Hispánicos en 1929. A partir de ese momento, la influencia de don Federico cobra mayor intensidad al fundar la **Revista de Estudios Hispánicos** (1928-1929) y luego, en 1934, la **Revista Hispánica Moderna**. Su obra hay que valorarla desde lo escrito y lo oral. En ambas modalidades revela los caracteres polifacéticos de su docencia, de sus investigaciones y sus publicaciones. Son famosas sus conferencias, veladas y tertulias. La Fiesta de la Lengua y las Noches Puertorriqueñas en Nueva York alcanzan gran resonancia cultural. Este carácter de su obra muy bien lo resume en el prefacio de **España en América:**

Debo añadir que esta colección de trabajos escritos es sólo una parte de la labor mucho más amplia que he llevado a cabo por medio de la palabra hablada. Soy de esos quienes es más connatural hablar que escribir, y creo, sin modestia, que hablando en mis clases, conferencias y discursos he hecho la mayor parte de mi labor y he dado lo mejor que pueda haber en mí.<sup>2</sup>

En 1953 culminó su etapa norteamericana, al jubilarse de la Universidad de Columbia, a los sesenta y ocho años; e inició su etapa puertorriqueña, cuando aceptó la invitación de la Universidad de Puerto Rico para dirigir nuevamente el Departamento de Estudios Hispánicos que había fundado en 1926 y del que luego renunció para fundar y dirigir el Seminario de Estudios Hispánicos, hoy Seminario de Onís, archivo literario y tesoro bibliográfico que, con la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez, es legítimo orgullo de la Universidad de Puerto Rico.

La obra de don Federico es fecunda y vasta, su excelencia arranca de su firmeza intelectual, rigurosamente científica y singularmente humana. Su cátedra vibraba al calor de su encanto personal, impartido por la excelencia de su pensamiento, su cultura y sus eternos valores.

**España en América**, edición dedicada a don Federico, como homenaje de sus amigos y discípulos de Estados Unidos y Puerto Rico, con motivo de su jubilación como profesor de la Universidad de Columbia y su nombramiento

---

<sup>2</sup>Ibid., p. 10.

en la Universidad de Puerto Rico, se publicó por la Editorial Universitaria de Puerto Rico en 1955.

Una de las contribuciones más significativas para Hispanoamérica es su **Antología de la poesía española e hispanoamericana** (1882-1932), obra que consolida su ideario hispánico-hispanoamericano y que destaca su rigor crítico y precursor al reconocer a valiosos escritores americanos, marcando un excelente precedente que ya había logrado Menéndez y Pelayo en la literatura española. Puerto Rico le agradece el reconocimiento de muchos de nuestros escritores, especialmente el de nuestro Luis Palés Matos en la poesía afroantillana; creada mucho antes que la de Nicolás Guillén en Cuba.

Ese carácter crítico y humanista le permitió ver con gran transparencia, difícil de igualar por su trascendencia espiritual, la verdadera esencia de la eternidad de España en América, muy bien destacada en **España en América:**

La permanencia de España en América tendremos que buscarla, por lo tanto, no como peso muerto o resto arqueológico del pasado, sino como fermento vivo latente en las creaciones nuevas y originales americanas; no en lo que España hizo y dejó en América, sino en lo que los americanos crearon por sí mismos diferenciándose de los españoles. Y será más patente y valiosa la tradición española de América si la encontramos en las creaciones americanas que más se diferencian de los españoles.<sup>3</sup>

Su valor y grandeza, opino, está en su influencia como pedagogo en Estados Unidos, Hispanoamérica y Puerto Rico. En esos profesores que él formó y forjó al calor de sus clases impregnadas de sabiduría, está su gran regalo. Profesores que hoy enseñan en diferentes universidades y que estoy segura, no han de olvidar su generosidad y su rigor científico, impartido siempre con sinceridad y firmeza. La Universidad como decía él, ha sido siempre el símbolo de la cultura de un pueblo, pero su finalidad no debe estar supeditada a la adquisición de un título:

Ella atiende a dos fines simultáneos: la producción de ciencia; la formación de nuevos científicos. A ella acuden además los que van a ejercer las profesiones civiles, a recibir los conocimientos precisos para ejercer su función debidamente; pero esta utilidad es accidental y ajena a la idea de la Universidad. Si fuera este aspecto el esencial de ella, al dejar de ser productora de ciencia, se convertirá en depósito de conocimientos, que necesariamente serían atrasados e inexactos. La Universidad ha de tener siempre los problemas abiertos a la investigación científica.<sup>4</sup>

Antonio Machado, el poeta español que dejara su huella en la poesía universal del caminante, palpable en estos versos inolvidables: "Caminante son tus huellas, el camino y nada más / Caminante no hay camino, se hace camino al andar", también dedica unos versos al caminante salmantino:

Para ti la roja flor  
Que antaño fue blanca lis  
Con el aroma mejor  
Del huerto de Fray Luis.

<sup>3</sup>Ibid., p. 15.

<sup>4</sup>Ibid., p. 58.

Su legado espiritual y cultural queda eternizado en sus obras, su cátedra y sus tertulias. Su influencia permanece en la diversidad de la obra que realizó como educador, crítico, escritor y conferenciante. No olvidamos que incorporó el español y el portugués al panorama cultural norteamericano, dándole a la literatura española, portuguesa e hispanoamericana un sitio de prestigio en Estados Unidos cuando su importancia se reducía a pequeños grupos de intelectuales o sencillamente era ignorada en los círculos docentes. Su obra señera e hispánica no podrá olvidarse, mientras permanezca el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Columbia, el Instituto de las Españas y la Casa Hispánica en Nueva York y el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico.

Los que le conocimos, lo recordaremos siempre a través del prisma que devela al alma y descubre al hombre, que como la rosa nace para morir, y que en el camino abre sus hermosos pétalos para darse bella y hermosa, a los que la miran y la contemplan para beber en ella su grandeza y su belleza sin esperar halagos ni recompensas. Ese es el hombre que los estudiantes puertorriqueños y americanos, agradecidos por esa enseñanza sin par que nos regalara con tanto amor, recordaremos siempre.

*Sally Ortiz Aponte*  
*Universidad de Puerto Rico*

España en América, edición de Federico García Lorca, como homenaje de sus amigos y discípulos de Estados Unidos y Puerto Rico, con motivo de su jubilación como profesor de la Universidad de Columbia y su nombramiento